

la cariñosa delicadeza de hacérmelo conocer. Como ves, ha caído en manos apreciadoras. Jamás te agradeceré bastante el infinito goce que me has proporcionado y que seguirás proporcionándome, porque es éste un libro que uno no se cansará jamás de recorrer, dado el inagotable interés que suscitan las múltiples facetas de su sabiduría».—*Adelina de Guiraldes.*



FRONTERA, de *Luis Durand*

Contra lo que suele pensarse, el estudio de las condiciones necesarias para la fijación de un tipo de novela americana, capaz de caracterizar y perpetrar la tipología aborígen, mestiza o avecindada, y la exaltación del suelo paradisíaco, selva y océano unidos al destino humano, habría que aceptar, decididamente, un tipo épico, ni demasiado íntimo ni demasiado distante, como factor de clave en la resolución del problema.

De ahí que la novela de masas, centrada en torno al héroe, estará siempre más cerca que cualquiera otra de interpretar el fenómeno biológico de Hispanoamérica. No podríamos exigir al escritor americano, habitante de una naturaleza prodigiosa, en que el verde crece junto a la piedra granítica, una exploración metafísica, de por sí antiautóctona, ni resolver la novelística en sus necesidades intrínsecas por un cauce de exhaustiva introspección.

El hombre de América ha vivido—y vive—en una lucha total y viril ante la frontera o el límite con que la naturaleza desea imponer una diferenciación rigurosa. La colonización, el juego heroico del aborígen frente a la civilización que irrumpe inagotable, superior y sabia, es el episodio máximo de la experiencia iberoamericanista; y esta importancia decisiva, su atmósfera de gesta vital, indómita, vienen a justificar con creces una continuada exploración novelística, como asimismo, tam-

bién, la reconstrucción fuerte, de nueva epopeya, la supervivencia de este ambiente.

Por ello, no podríamos, por ejemplo, imaginar que frente a «La Vorágine» o «Doña Bárbara» pudiera darse en las tierras primitivas de América, tierras de peligros y constantes auxilios humanos, el relato espacial de Herman Hesse o el plasma generativo de Joyce. A nuestra novelística corresponde un cauce determinativo, de evaluación postambiental. Trasladar, en consecuencia, a un relato subjetivo la naturaleza americana será tarea de generaciones novísimas o la exclusividad de un poder cósmico absoluto.

Nuestro escritor de ayer y de hoy está sujeto, en conformidad a la ley del determinismo ambiental o de episodio histórico, si se quiere, a una visión épica de los hombres y de las cosas, al accionar ineludible de los personajes dentro de una naturaleza bravía, poderosa, insojuzgable.

En «Frontera», la novela de Luis Durand, se reúnen estas condiciones esenciales del gran relato autóctono, unidas al escape sorprendente, enérgico y ágil, de un escritor en la plenitud de sus facultades.

Es decir, Durand presenta junto al motivo histórico, la colonización, el dramatismo de los seres en el secreto de la formación natural de la vida, y nos da el ambiente amplio, generoso, pero preciso y verdadero, de las selvas del sur de Chile, con la plasticidad subyugante y la monstruosidad brutal del paisaje.

En el cuadro que nos ofrece el autor de «Mercedes Urizar», a través de las páginas de «Frontera», observamos la grandeza épica de la colonización del sur, vista, al parecer simultáneamente, desde afuera y desde adentro, ajena en absoluto a la vida tenue y tranquila del campo que nos dan nuestros autores criollistas. Por el contrario, aquí está la acción, una acción libre, insatisfecha; está la lucha, el conflicto entre el hombre y la naturaleza, planteado por la conquista de la tierra y

en el instinto enérgico, voluntarioso, de Anselmo Mendoza, el personaje máximo del libro, dueño de un fuerte sentimiento actuante y consciente, que presenta hasta una nueva oportunidad de utilizar una explicación evolucionista.

Luis Durand ve el sur con ojos de niño y el bosque, el lago o la lluvia, determinan en él una visión geográfica traducida con amor a la belleza elemental, impulsando una ráfaga de plenitud primaria, que entra y sale por las páginas del libro y está en la esencia misma de sus tipos humanos. De este modo, planifica y construye un período intenso de la vida nacional, un momento histórico pleno de audacia. Y de la conquista de la espesura bárbara de la selva por el hombre blanco, de su predominio sabio sobre el indígena, ya desgastado por el vicio, surgen escenas palpitantes, medio a medio de su antagonismo vital que da paso, al mismo tiempo, a que la trama cobre una inusitada celeridad.

De esta forma, asistimos al nacimiento de Angol y Traiguén creciendo en pugna con la reducción indígena, primitiva y salvaje, junto a su lucha sorda, tenaz, por sobrevivir y propagarse. Surge, entonces, la tierra de promisión, a la vez que de la aventura, en la cual existe la obligación a que la mayoría de los actos deben realizarse y no ser evitados.

En esta visión de Angol y Traiguén, Durand manifiesta su ternura dual por el paisaje y las figuras humanas, un deleite especial, cuya confrontación lo impulsa, en un mismo plano, a rebasar emocionalmente el ritmo de las acciones, no obstante llevarlas por un cauce natural, de singular y ordenado trazo.

Sin embargo, «Frontera», por su carácter mismo de novela de masas, de acciones intensas y simbólicas, nos va dejando, como valorización esencial, la grata presencia humana de sus personajes, tratados en conjunto con una sensibilidad agudizada, de sumo equilibrio, que constituye un gran acierto. Nuestro autor conoce a fondo el folklore de su tierra, lo ha sentido desde cerca, y de esta experiencia constante, de este trato íntimo con

el hombre del sur, resulta una rica tipología en que sus protagonistas caminan y actúan con toda naturalidad, sin efectismos retóricos, comunicando al lector el estado de una realidad inmediata, clara, directa, de una vivencia garantizada.

Anselmo Mendoza, arquetipo de una época no lejana y que aun puede darse en otras regiones del país, es el héroe ágil, no idealizado, puesto en medio de una naturaleza hostil, dueño de una virilidad que se derrama generosa en un sentido evolutivo. Siendo el personaje central de «Frontera», Mendoza obtiene la culminación de sus virtudes al proyectarse, en un plano más amplio, como un personaje nacional, respondiendo, ejemplarmente, a esa etapa inicial, de exclusiva aventura, de la colonización.

Isabel, la «niña Sol», una idealización del neorromanticismo de Durand, está situada al lado de Mendoza como el símbolo de la ternura. Otras figuras femeninas bien logradas, justas y medidas en su diseño, son doña Adolfina, pícara y diestra en la tertulia como oficiando de cocinera sabia y magnífica; Terencia Tagle, una bella peruana que, al iniciar al protagonista en nuevos derroteros amorosos, vuelca en el relato una atmósfera sensual, de riqueza instintiva, que al final se sublimiza en la presencia de Emilia, sin duda el verdadero y crucial amor de Mendoza.

Al lado de ellas pasan, aunque lejanas, menos cerca del bullicio de la trama, las figuras aureoladas de Balmaceda y Gorostiaga, «Guamachuco».

Pero son los rotos, sus peones, quienes determinan la fisonomía sabrosa de «Frontera». «El Verde», junto al «Boca Santa», al «Cara e Mama», al bandido Genaro Montoya, «El Colorín», tienen el privilegio de cruzar la acción novelística con gracia particular, socarrona, especialísima. Tal vez, no podríamos encontrar a través de la novela chilena de este siglo, tipos tan vivencialmente identificados con la esencia del pueblo, como «El Verde». En nuestra opinión, «El Verde», sólo resistiría la ana-

logía de «Ño Cámara», aquel roto ingenioso, desenfadado, que nos presenta *Blest Gana* en «Durante la Reconquista». A tal punto nos parece que ha llegado la caracterización de Durand para este personaje trazado con maestría y brillo.

En «Frontera» Luis Durand muestra de nuevo lo innegable de sus extraordinarias cualidades de escritor, que han desembocado, por fin, en una novela nacional, sólo comparable a lo mejor de la gran novela hispanoamericana. Agil, suelta en su trama, con tipos humanos que son un hallazgo y un marco exuberante, de selva inconmensurable, «Frontera» posee también otra cualidad de alto aprecio: su estilo flúido, vibrante y simple, que crea riqueza en la planificación total de la obra. No podemos rehuir este pequeño trozo de antología, en donde Durand hace la exaltación vegetal de Angol: «Angol, Encol de lo Confines, « la ciudad de Pedro de Oña, era el rincón paradisíaco, en donde de las frutas se daban con una magnificencia increíble. Peras « de piel verde clara, que adentro contenían una copa perfumada y fresca de azúcar vegetal; duraznos de todas clases: blancos, amarillos, pelados con la piel lustrosa y coloradita como « las mejillas de una muchacha de la montaña; priscos que al « abrirse mostraban una melcocha olorosa; ciruelas que reventaban entre los labios en un chorro de almíbar. Y de los alrededores, sandías verde oscuras que tenían una llamarada « adentro; melones de seda de Deuco; naranjas en las cuales se « escondía el sol refugiado entre el verde follaje, como asustado « de su propio color» (pág. 53, cap. III).

Superando toda su obra anterior con este libro macizo, de madurez y equilibrio, Luis Durand ha logrado, igualmente, imprimir a la novela chilena un ritmo de celeridad que impresiona, lleno de movimiento, de rápidas resoluciones, al cual no está acostumbrada, saltando sobre el extatismo y el cuadro a veces flojo e inmóvil del paisaje que en ella predomina.—Antonio Campaña.